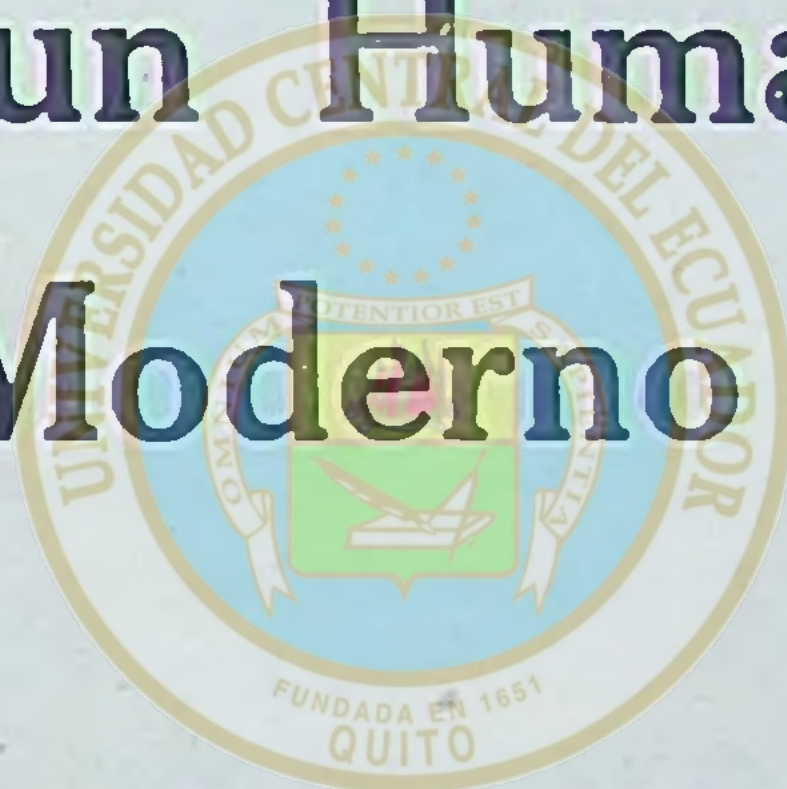


✕ Por EMILIO UZCATEGUI

✕ **Hacia un Humanismo
Moderno**



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

HACIA UN HUMANISMO MODERNO

(HUMANISMO Y TECNICISMO)

Por mucho que las palabras modifican constantemente su significado, como que en absoluta estrictez ni siquiera la comprensión de cada término es común para todos los hombres, ya que está condicionada al caudal de instrucción de cada uno, de todas maneras, siempre perdura algo que permite reconocer sus orígenes y raíces primitivas.

Generalmente se habla de humanismo para referirse a una orientación del pensamiento que caracterizó el renacimiento de los siglos XV y XVI.

Pero efectivamente hubo humanismo antes del Renacimiento y lo hay con posterioridad a esta época, en nuestros mismos días, aunque con ciertas variantes que no han alterado su esencia.

Sea que etimológicamente humanismo proceda de **humus**, tierra fecunda, o de **homo**, hombre, la verdad es que el humanismo a través de toda su evolución tiene como elemento básico y común el interés por lo humano, por lo concerniente al hombre y sus problemas, sus necesidades y aspiraciones.

Un tanto difícil y fuera de propósito sería entrar en discusiones discriminatorias sobre la triple concepción de humanismo desde los puntos de vista etimológico, filosófico y pedagógico. Por un sentido utilitarista, sin desdeñar lo filosófico daremos preferencia al sentido educativo que es lo que más nos interesa como campo de acción.

A grandes pasos recorreremos el camino del humanismo a partir de la cultura helénica hasta llegar a la nuestra, como un obligado antecedente de lo que queremos concluir

en definitiva, esto es, que se puede hablar de un humanismo actual, moderno, y vaticinar aún que humanismo habrá con cualquier amplitud y cantidad de variantes que se produzcan mientras existan hombres.

El sér humano se diferenció poco de los demás pobladores de la tierra mientras atravesó los estadios del salvajismo y la barbarie y entonces el cultivo del hombre no suscitó mayor preocupación. Nacían los niños y se criaban como cualquier otro mamífero. Por necesidades económicas hubo que enseñarles a cazar, pescar y muy poco más y no hubo ni pudo haber un estudio del hombre como tal. Naturalmente se acumularon observaciones y experiencias; pero se estuvo muy lejos de una ciencia general o de varias especializadas y con enfoque hacia el hombre como objeto de estudio. Hubo la misma distancia que entre las primitivas manifestaciones del lenguaje articulado y la primera gramática.

Siguiendo la costumbre occidental, en razón de la brevedad, aunque con profundo reconocimiento de los grandes progresos culturales de los antiguos pueblos de Oriente, saltamos a la Grecia clásica de Pericles, Sócrates, Platón y Aristóteles y hallamos el culto de la persona humana concebida en forma bastante integral, pues la **Paideia** quería decir cultura en su significado sociológico, significaba educación, formación del hombre griego y pretendía darle a éste todos los valores más altamente considerados entonces, a saber: vigor físico, poder intelectual, personalidad moral, placer estético, y como síntesis culminativa de esto, libertad política. Es de recordar también que, pese a que su decantada democracia lo era tan sólo para unos cuantos millares de privilegiados, la Grecia llegó a conciliar en cierta magnitud los imperativos sociales con los del individuo.

Pasamos a Roma y encontramos un mundo nuevo, que cimentado y aprovechando mucho de lo griego, adoptó una nueva postura y una nueva concepción de la vida, casi opuesta a la helénica. En vez del idealismo, busca orientación hacia lo útil y lo práctico. El ideal educativo romano se encamina por tanto hacia la acción, hacia la norma de derecho. Preconiza el saber práctico, la gramática y la retórica como saber fundamental de la época; pero concibe la retórica como la formación del hombre total. Los romanos son los primeros en emplear el término **humanitas** atribuyéndole la significación y el valor de disciplina formativa. En cierta for-

ma los romanos aspiran también a que el hombre desarrolle su humanidad hasta donde su naturaleza le permita alcanzar.

Con el advenimiento del cristianismo se producen una intensa revolución ideológica y la lucha entre lo mundano y lo ascético. La pugna se extiende aún dentro de las filas del cristianismo, pues mientras unos se pronuncian por renunciar al mundo, otros más pragmáticos se deciden por la superación de lo mundano, correspondiendo en definitiva el triunfo a éstos. En todo caso, considerando que el hombre tuviese un fin sobrenatural, ultraterreno, el humanismo naturalista es desplazado por varias centurias para recuperar su situación tan sólo en el siglo XIV y vigorizarse en el XV y principios del XVI. Adquiere relieves de época histórica y extensión universal y aún conquista un nombre especial, Renacimiento, como para manifestar que había sido sepultado en los largos siglos del Medioevo y por cuanto se retornaba a la cultura greco-romana para desarrollarla en mucho mayor grado. Como bien lo ha apuntado Augusto Messer, el humanismo de este período es en cierto sentido anti-cristiano, pues nuevamente se contraponen lo humano a lo divino, sustituyendo a la religión y el escolasticismo, los idiomas y literaturas griega y romana; las letras y el arte humanos eclipsan las letras y artes divinos. El humanismo se enfoca nuevamente en la tierra proclamando la libertad del hombre y su necesidad de ser mejor y feliz y como consecuencia de esto se producen los grandes inventos y descubrimientos y se impulsa la investigación científica.

El auge del humanismo es tal que de medio se convierte en un fin y el contenido mismo del término se metamorfosea restringiéndose.

Es la suerte que corren todos los movimientos e ideales en apogeo. Su significado inicial fué amplísimo y como lo ha precisado Monroe originariamente y en su acepción pedagógica las humanidades fueron "Enseñanza y preparación para aquellas virtudes, ideales y actividades peculiares del hombre". De aquí llegó a intensificarse con la llamada educación liberal, esto es, la del hombre libre, en contraposición con la del esclavo y que incluía las ciencias junto a las letras y las artes.

Por lo que se manifiesta exageradamente individualista y selectivo merece los mismos reparos de la democracia

griega, la cual, ya lo hemos dicho, lo era tan sólo de una minoría.

En cuanto a su sentido intrínseco se mengua su significado para deducirlo a los meros lenguaje y literatura clásicas: Helénica y Latina, concepto estrecho que todavía perdura y que se ha generalizado.

En el siglo XV el humanismo se revela antropocéntrico, ya que abandona la postura escolástica y religiosa y se vuelca a la formación humana de la personalidad proclamando la naturaleza terrenal del hombre. El humanismo que comienza por tener su asiento y máximo vigor en Italia, pasa a Alemania y se extiende por Europa, transformándose al influjo de las diferentes culturas. En Italia el humanismo se había orientado y había determinado mucho de la vida cultural en general; en Alemania toma como su campo de acción las escuelas y las universidades. Reuchlin y Erasmo descuellan entre otras cumbres del humanismo de este período.

Mas como toda doctrina sufre sus adulteraciones y para los más el estudio del latín y del griego alcanza gran importancia, no como instrumentos para mejor comprensión de estas clásicas culturas antiguas, sino por su aspecto formalista, por el mero hecho de la lengua por sí misma. Se convirtió en moda a la vez que fué también necesidad hablar y escribir en latín, por cierto para los pocos grupos de hombres cultos. No se olvide que el latín es la lengua madre de numerosos idiomas europeos, que las comunicaciones entre estos pueblos fueron muy difíciles y que los hombres cultos, vale decir, los educados liberalmente eran escasos. La educación antes de la Reforma es un privilegio de pocos. Los tratadistas escriben obras señalando la manera de educar al Príncipe y no se ocupan de la educación de las masas. Es muy reducido el número de quienes cultivan ciencias y la única manera de entenderse entre ellos es el latín. No hay duda por tanto que, para entonces, el hombre culto debía saber latín. Hay además tan contados inventos y descubrimientos científicos que sobra el tiempo aún a los sabios y eruditos para que agoten las literaturas clásicas. América y Africa no fueron aportes culturales, bastaba con conocer tres o cuatro cosas de ellas. China y el Oriente en general continuaron por mucho tiempo considerados como países de ensueño y leyenda, y hoy mismo son ínfima minoría quienes en Occidente han estudiado a Confucio, Mencio o Lao-Tseu.

La misma contribución europea a la ciencia y a la literatura fué muy reducida entonces, tanto que los estudiosos tuvieron que conocer Griego y Latín para ocupar sus mentes y revelarse como hombres del siglo.

La Reforma por una parte y por ótra muchos pensadores bregan por la democratización de la enseñanza y tratan de la educación como fenómeno colectivo dejando de ser algo nobiliario e individual. Han nacido ya y se han desarrollado las lenguas hijas del Latín; hay pues la necesidad y utilidad de hablar Italiano, Francés, Alemán o Español. Se comprende que hay muchas cosas más importantes de conocerse que las lenguas clásicas. Komenski, Lutero, Montaigne se declaran partidarios de la lengua vernácula desde distintos lugares de Europa. El influjo y predominio del Latín son abatidos en el siglo XVII y aún en el mundo científico se duda de su utilidad y se llega al convencimiento de que se emplea demasiado tiempo en su aprendizaje no respondiendo su cultivo a ninguna necesidad. El mundo había crecido, no en sus dimensiones reales, sino en el intercambio de sus moradores; la ciencia había progresado considerablemente; muchos idiomas nuevos habían creado ricas y bellas literaturas; la imprenta ampliamente desarrollada llevaba el saber a millones de hombres. El Latín y el Griego caían en su ocaso por caducos.

Con el proceso ondulatorio de las tesis y antítesis hegelianas; adviene en las postrimerías del siglo XVIII un nuevo despertar del humanismo clásico. Es el llamado neo-humanismo, también de cepa germánica y cuyos principales sacerdotes son Herder, Schiller y Goethe, quienes identifican humanismo con perfeccionamiento individual y envuelven en este movimiento lo literario con lo educativo.

Los últimos siglos son los del desarrollo científico y de la técnica, los del nacimiento y desarrollo del maquinismo. Obviamente no es que la máquina brotara por milagro de la nada, sin un lógico proceso de preparación. Aún más, es efectivo que en la Edad Media se produjeron inventos trascendentales, lo que no justifica por otra parte el reinvidicacionismo que ciertos espíritus metafísicos pretenden plantear en provecho del medioevo. Pero es evidente que los siglos XVIII o XIX y en la mitad que llevamos recorrida del presente, la humanidad ha sido testigo de la aparición y súbita expansión de innumerables y portentosas máquinas que han revolucionado el mundo, conmoviéndole en todos

sus cimientos y acelerando su progreso en proporción geométrica.

La máquina para desmotar e hilar algodón, la de coser, la navegación a vapor, el ferrocarril, el telégrafo, la lámpara eléctrica, los tractores, las numerosas máquinas agrícolas, los linotipos, el automóvil, la radio, el cine, el aeroplano, el ciclotrón, han hecho progresar en años lo que no se pudo alcanzar en siglos. Nos hallamos en plena era de la técnica, a tal punto que hasta hay una escuela político-social que enarbola la bandera de la tecnocracia como la forma de gobierno más conforme con las necesidades de la vida moderna. Muchos han seguido esta nueva senda y no han tardado en presentarse los extremismos, esa enfermedad infantil de todos los movimientos ideológicos como acertadamente la denominara Lenin. Se ha querido por unos convertir la máquina en el dios o amo omnipotente encargado de extrangular el pensamiento, la personalidad, lo humano, a la vez que otros en los antípodos de la cuestión han hallado el expedito arbitrio de condenar la máquina como causante de todas las desgracias presentes del hombre y no han vacilado siquiera en torpemente pedir su destrucción. Un pseudo marxismo les ha impedido analizar las verdaderas causas de los males y han achacado a la máquina y al maquinismo la desocupación, la miseria y la esclavitud de millones de seres. En una infantil posición proselitista no quieren observar que el mal reside en que unos pocos hombres se han apoderado de las máquinas y que sólo ellos pretenden disfrutar de su beneficio; en que se hace mal uso del maquinismo, en que se lo administra mal, en que se distribuye mal el trabajo.

Precisamente el socialismo científico, en la teoría y en la práctica, se orienta hacia el desarrollo del industrialismo, pero con la misión de obtener un beneficio colectivo. Al rechazarse la propiedad privada de los instrumentos de producción, no se está destruyendo la máquina ni aminorando su función. Todo lo contrario, se la está defendiendo y buscando la mejor manera de utilizarla en provecho común de los más en vez del de unos pocos.

La esclavitud no ha sido traída por la máquina. Existió millares de años antes del apogeo de ésta. Antes bien, la máquina ha liberado millones de esclavos. Por graves que sean las condiciones del marino de nuestros días, peores fueron las torturas padecidas por los galeotes de las embarcaciones antiguas. La condición del piloto de un avión o del conduc-

tor de un automóvil difieren inmensamente de las de los cargadores o de quienes arrastran carruajes a la manera de las bestias. La más deficiente fábrica de tejidos de hoy es superior al obraje de la colonia, no sólo en su aspecto material sino en lo humano.

La técnica ni la ciencia son causas del sufrimiento de millones de hombres infelices. La verdadera causa de su desgracia está más bien en la falta de técnica, en la falta de ciencia y en su mal empleo. La técnica previene o da fin a las erosiones del suelo, la técnica multiplica los productos de la tierra y les da mejor calidad, la técnica ha fertilizado las áridas regiones de Israel y las desoladas zonas de Siberia. Preguntamos ¿Es culpa de la técnica o de la ciencia que sus grandes conquistas se apliquen a la destrucción y la guerra? Acaso no se han de fabricar drogas para mitigar el dolor o acabar con la enfermedad por el mero hecho de que hay quienes hacen mal uso de ellas?

Si la máquina desplaza a los hombres y los arroja al hambre por la desocupación, hemos de renegar de las máquinas o de los hombres que las poseen o administran? Qué mejor puede desear el hombre que el invento de maquinarias que simplifiquen su trabajo y que reduzcan su esfuerzo al mínimo? La tragedia consiste en que mal poseída y administrada sólo con fines egoístas no permite que todos dispongan de sus incalculables beneficios. Si una nueva máquina produce tres o cuatro veces mayor cantidad de artículos o lo hace en la tercera o cuarta parte del tiempo de la antigua, la solución lógica y humana del problema que se crea no es ni debe ser lanzar a la calle dos tercios o tres cuartos de los trabajadores. Lo racional y lo ético es disminuir la jornada diaria de labor o el número de días de trabajo a la tercera o cuarta parte; pero naturalmente manteniendo el salario anterior, pues el mayor rendimiento de la máquina no se ha de traducir en hambre para el obrero y mayor lujo y derroche para el capitalista, sino en beneficio colectivo.

El mismo genial y paradógico Juan Jacobo Rousseau, en su célebre discurso sobre si el restablecimiento de las artes ha contribuido al mejoramiento de las costumbres, pronunciado ante la Academia de Dijon y en el que optó por la solución negativa, advirtió muy al principio de su disertación. "¿Cómo osar condenar las ciencias ante una de las sociedades más sabias de Europa, ensalzar la ignorancia en una célebre Academia y conciliar el desprecio por el estudio

con el respeto por los verdaderos sabios? He visto estas contrariedades y no me han desanimado en lo absoluto. No es la ciencia la que yo injurio, me he dicho, es la virtud que de- fiendo ante los hombres virtuosos”.

Esta misma es la posición que corresponde adoptar hoy día en la querella entre humanismo y tenicismo, entre el hombre y las ciencias. La técnica es progreso material, pero al mismo tiempo debe ser también avance moral. La técnica no es estrangulación del sentimiento ni desprecio del hombre. ¿Cómo puede serlo si la técnica es producto del hombre y su finalidad mejorar las condiciones de éste en general, de la colectividad y no de unos pocos en particular?

No hay razón para que veamos antagonismo entre lo humano y lo técnico. Antes bien hay unidad, complementación.

Artificialmente hemos formado antinomias en donde no existen ni cabe que las haya.

El hombre bueno no se opone al hombre sabio ni viceversa. Y así Sócrates creía más bien lo contrario, pues para él conocer era obrar bien. La ciencia no es antitética del bien, como no es contraria al arte.

La especialización es esencial en un mundo inmensamente complicado y con un caudal inconcebible de cultura; pero no es incompatible con un conocimiento integral y sintético del mundo y del pueblo al que pertenece. El estudio de los detalles no debe hacer perder la visión integral del objeto, pues ambos son esenciales.

No puede admitirse la oposición entre las llamadas artes liberales y los estudios prácticos y ni siquiera es aceptable por completo la distinción ya que no existiendo esclavos, todos los hombres son libres cuando menos en principio y en derecho y todos aspiran a la máxima educación.

El obrero y el científico, el trabajador manual y el literato o el artista no son polos opuestos. Unos y otros son simplemente miembros equivalentes de una misma ecuación y unos y otros requieren de cultura intelectual y destreza manual. El cirujano, el ingeniero, el químico, el biólogo, el botánico necesitan gran habilidad para actuar en su profesión de la misma manera que el carpintero, el mecánico y el sastre han menester de la geometría, de la aritmética, de gran cantidad de conocimientos científicos, si ambos grupos de profesionales han de realizar un trabajo a conciencia y con sentido progresista.

Se acabaron los tiempos de los sabios y artistas que debían vivir en las nubes o en las bohordillas descuidando lo material. Ahora por la psicología sabemos que las buenas condiciones materiales favorecen el buen trabajo intelectual y aspiramos asimismo a que todos los obreros sean hombres cultos y todos los intelectuales capaces de utilizar sus manos y sus músculos.

No el enciclopedismo para nadie, pero sí para todos la visión integral del hombre y de la naturaleza. Por esto todavía tiene plena validez el milenario concepto de educación de Platón para quien ésta tiene por fin dar al cuerpo y al alma toda la belleza y perfección de que son susceptibles, y la relativamente moderna de Spencer según el cual educar es preparar o formar al individuo para la vida completa.

Dialécticamente tenemos que convenir en que el hombre ha cambiado mucho y que después de varios miles de años debe haber un nuevo concepto más armónico con el grado de evolución al que ha llegado. Si el mundo moderno es diferente del de dos, tres o más siglos atrás, es absurdo pretender sujetarlo a unos mismos moldes. Pero junto a esto es asimismo inobjetable que el hombre permanece el mismo en su esencia. A través de los siglos las influencias conservadoras de la herencia y las diversificadoras del medio no han podido menos que obrar ostensible y fructíferamente. Por esto, pudiendo repetir con justeza el pensamiento de Terencio: "Humani nihil a me alienum puto", debemos dar al humanismo un nuevo contenido, que le despoje de su feroz individualismo y que se encamine a la realidad social, que haga convergir y sintetizar lo técnico con lo humano, que le dé un sentido que le permita sobrevivir, pues si no se actualiza fatalmente desaparecerá.

Las humanidades entendidas en consonancia con el medio y con la época, no han muerto ni pueden ser combatidas con éxito; pero restringido su significado al Latín y al Griego, como idiomas, como Literatura y como Filosofía, son anacrónicas y por tanto no pueden desempeñar un papel en el mundo contemporáneo cuyas sollicitaciones les son completamente extrañas. Despreciar o posponer las lenguas vivientes, las literaturas actuales, las filosofías elaboradas con el arsenal de los últimos conocimientos científicos es tan loco como querer acabar con toda la flora y fauna actuales para dedicar al estudio exclusivo de los ejemplares paleontológicos. Con lo que no amenguamos el valor de la paleon-

tología ni de quienes la cultivan, sino que los confinamos a sus propias órbitas y les damos su justa valoración. En nuestros días nadie hay que se atreva a llamar ignorante a quien no ha cursado tres o cuatro años de Paleontología, no hay pues tampoco fundamento para considerar ignorante a quien no ha memorizado al latín y el griego antiguos.

Es sorprendente: clamamos contra la educación libresco y al mismo tiempo insistimos y porfiamos en el estudio del latín y el griego arcaicos que no se pueden aprender sino en libros y que sólo servirán para poder leer otros libros en estos idiomas!

Aunque muchos me refutarán no me arredro en decir que ya no puede incluirse el Latín en las humanidades del siglo XX por haber perdido toda su razón de ser. Ya la Psicología educativa ha destruido las apriorísticas doctrinas de la disciplina formal, de la incondicionada transferencia del aprendizaje y ya no se puede hablar en términos de ciencia pedagógica de que el Latín enseña a pensar, de que estimula la lógica, de que disciplina la conducta ni tantas otras cosas por el estilo. Aún antes de realizarse experimentos psicopedagógicos que condujeron a estas conclusiones es admirable que hubo hombres de raciocinio acertado como el erudito historiador de Grecia y Roma clásicas; Víctor Duruy, quien como Ministro de Instrucción Pública eliminó el Latín de los Liceos de Francia.

Para satisfacción de los latinistas a **outrance** he de aclarar que así como creo en la importancia de la paleontología y en la real utilidad de que algunos sabios y científicos se dediquen a su estudio, así también creo que ciertos estudiosos deben cultivar el Latín al mismo tiempo que otros el Griego, el Hebreo o el Sánscrito. Lo que rechazo categóricamente es el latín para todos como no sería aconsejable ni admisible el estudio de la paleontología por todos. Uno y otra están muy bien y tienen la mejor cabida en las aulas universitarias, pero son inadecuados por completo en las de los colegios.

Para el hombre de nuestra época son mucho más beneficiosas las Ciencias de la Natureleza, la Geografía y tantas otras ramas del saber. Estas son las que deben formar parte del humanismo contemporáneo. En abono de lo cual insistiré en que la acepción primigenia de humanidades —como ya lo hemos apuntado— fué "enseñanza y preparación para aquellas virtudes, ideales y actividades peculiares del

hombre". Hay acaso algo más peculiar del hombre que la ciencia? Comprendidas a la manera griega y romana puras las humanidades fueron la educación liberal e incluían "ideales de conducta, ciencias, artes y letras". Sólo la incompreensión del siglo XVI restringió el sentido al estrechísimo de lenguas y literaturas clásicas.

El famoso **Report of the Harvard Committee** denominado Educación General en una Sociedad Libre que, en forma alguna peca de radical, llega a sostener que las humanidades comprenden ahora no solamente toda literatura, filosofía y música sino también y usando su propia expresión "cualquiera cosa que tiene algo que hacer con un objeto cualquiera en el Museo Metropolitano".

Repetidas veces hemos afirmado que el concepto hombre ha sufrido notables cambios por lo cual el humanismo y las humanidades tienen que adaptarse a la nueva concepción.

De aquí que Heidegger, uno de los creadores de la Antropología Filosófica diga de ésta que "No es solamente el título de una disciplina, sino la palabra que designa la actitud fundamental del hombre de hoy respecto a sí mismo y al conjunto de lo que es".

Julián Huxley, el biólogo inglés que desempeñara la primera dirección general de la Unesco, se ha preocupado también del nuevo humanismo al que lo concibe con una visión moderna y quiere que incluya también lo científico. Para él sus fines se concentran en "procurar vida y procurarla más abundantemente" a la vez que su tarea "es la aclaración de sus propias ideas respecto a las limitaciones de la mente humana".

"Con el término **Humanismo Científico** —dice— he querido destacar la ciencia sobre todas las otras actividades humanas por una razón sencilla, la de que actualmente la ciencia corre el riesgo de establecerse como un código o marco externo como lo hizo la religión en el pasado y sólo poniéndola en el lugar que le corresponde en el plan humanista evitaremos este peligroso dualismo". Es para él tan fundamental la ciencia dentro del nuevo humanismo que agrega: "Sin la dirección impersonal y el eficiente control proporcionados por la ciencia, la civilización irá al estancamiento o al derrumbe y la naturaleza humana no podrá progresar hacia la realización de su posible destino colectivo".

En relación con esto debemos recordar que el antropólogo norteamericano doctor John Gillin de la Universidad de North Carolina nos ha hablado de un proceso en marcha el de la integración de las ciencias del hombre en una ciencia nueva "unificadora de la vida y las funciones sociales del hombre", ciencia que no sería simplemente descriptiva sino ante todo "una ciencia capaz de explicar y también de predecir en parte, por lo menos, en el campo de comportamiento humano".

Creemos que esta nueva ciencia en formación puede dar la solución a la existencia y a los problemas que plantea el humanismo moderno, cuyo contenido sin dejar de colorearse de Filosofía, debe ser predominantemente científico.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL